

1810: símbolo, cliché e historieta patria

Óscar Calvo Isaza

¿Qué celebramos?

1810 es una fecha, un símbolo, que hemos aprendido a reconocer como referencia común para comprender en el tiempo la crisis del orden colonial hispánico, las guerras de Independencia y el proceso de construcción de las naciones en Hispanoamérica. De esta forma, con una fecha, simbolizamos la ruptura con la corona española y el inicio de las revoluciones hispanoamericanas, cuyo resultado más sensible fue la formación de las instituciones políticas modernas y el desplazamiento de la soberanía del Rey hacia el pueblo.

Sin embargo, en 1810 no estaba resuelta la Independencia ni mucho menos la formación de nuestras naciones. La Independencia resultó más bien del conflicto abierto entre las élites hispanoamericanas y la monarquía española, expresado en América del Sur en una cruenta guerra que se prolongó

durante la década de 1820. Las naciones americanas tampoco surgieron de la victoria contra las tropas españolas, pues al desmoronarse el Estado español en América continental, todavía fue preciso consolidar nuevas unidades políticas y territoriales. Estas se fueron definiendo de manera lenta en el siglo XIX a través de otras tantas guerras y conflictos, sobre el modelo político más adecuado para los americanos. Las ideas sobre el orden político moderno y la construcción de los Estados-naciones, así como las representaciones heroicas de la Independencia, eran un asunto de unos cuantos ciudadanos poderosos e ilustrados. Para erigir nuestras naciones fue preciso primero, en el siglo XIX, generalizar esas ideas entre élites y luego, en el siglo XX, convencer a la mayoría, a la gente común, de que esa historia heroica y ese proyecto de nación gestado por unos cuantos nos representaba a todos.

¿Qué significa la Independencia?



Michel Roy, "Simon Bolivar: The South American Liberator", *True Comics* 1, 1941, p. 56.

La celebración de las independencias en Hispanoamérica se inscribe en las conmemoraciones de las revoluciones políticas modernas que sacudieron a Estados Unidos y Francia a finales del siglo XVIII. Ahora nos toca el turno de festejar y, de nuevo, se plantea un debate sobre el significado de la revolución de independencia para nuestra sociedad. Se supone que esta es una oportunidad para el debate reposado sobre el pasado, el presente y el futuro de nuestra nación: la efeméride escenificaría una pedagogía cívica en la que la historia es la maestra de la ciudadanía colombiana. 1810 es un año que para Colombia, al igual que para Argentina, Venezuela, México y Chile, sirve como pretexto para volver sobre las imágenes del pasado, hacer memoria y recrear nuestra pertenencia

a la nación colombiana. Para imaginar el origen y la raíz en el pasado de aquello que compartimos —ser colombianas y colombianos—, aun en medio de profundas diferencias, conflictos y desigualdades y actualizar los debates sobre el significado de los valores de justicia, equidad, libertad y democracia que son la base de la vida republicana.

Memoria y espectáculo

En un tono menos serio, la conmemoración de 1810 también significa espectáculo, clichés, souvenirs y programas de televisión para recrear las hazañas de nuestra historia. Miramos, tocamos y escuchamos como público curioso y desprevenido. Y es acaso esta visión más pagana, más cotidiana y menos sesuda, la que más seduce nuestra imaginación. Hoy celebramos, nos divertimos y nos dejamos cautivar por las imágenes y el vértigo de la historia. El historiador Bernardo Tovar ha escrito que para construir la nación necesitamos un cielo patrio con fechas, héroes y batallas, así como una toponimia y unos monumentos que materialicen nuestra historia en pueblos, calles y plazas. En la historia, a través del tiempo, los muertos siguen presentes. Pero estos símbolos también están en los bolsillos, las calles, los salones de clase, los cementerios, el paisaje cotidiano de las ciudades, la televisión, las historietas y los álbumes de caramelos.

Imágenes y objetos del pasado

Los legados materiales de la Independencia fueron producidos y apropiados por las élites para recrear su propio lugar como fundadores de la patria. Y al reconstruir sus orígenes seleccionaron quiénes eran dignos de memoria y qué era de buen gusto. Las pinturas y los dibujos perfilaron las imágenes –en una época en que no había fotografías– con las cuales representamos escenarios, hechos y personajes del pasado. Algunos personajes fueron dibujados sobre marfil, en miniaturas que permitían que el recuerdo se llevara en el seno o en el bolsillo. Otros fueron inmortalizados en piedra o bronce para adornar los cementerios y las plazas de nuestras ciudades. También existen objetos, reliquias si se quiere, que han llegado hasta nosotros como testimonio de los muertos: vestidos, dibujos, banderas, monedas, medallas, cuadros alegóricos y hasta mechones de pelo. Imágenes y objetos del siglo XIX han sido una referencia permanente para las representaciones estandarizadas de la Independencia en los siglos XX y XXI.

Símbolos patrios y comunicación cotidiana

La historia patria quedó inscrita en el territorio por medio de nombres de estados o departamentos, ciudades, plazas y calles. En la primera mitad del siglo XIX las calles de Bogotá y Medellín fueron nombradas como las naciones hermanas, los héroes y las batallas de la Independencia (Perú, Pichincha,



Lucas González, Chispero, José María Carbonell, 2009, digital.

Bolívar, etc.) y configuraron un espacio privilegiado de pedagogía cívica de la patria. Inscrita en placas, planos o documentos, la nomenclatura es apropiada en la vida y la comunicación ciudadanas. Billetes y monedas republicanos circularon de manera intermitente y fragmentaria durante el primer siglo de vida independiente. Pero sólo después de la creación del Banco de la República, en 1923, los héroes y heroínas republicanos llegaron a ser moneda de cambio en la vida cotidiana. Entre manos, bolsillos, carteras y cajas, estos pequeños símbolos del poder y la riqueza han acelerado la difusión de los clichés de la historia colombiana. Algo similar, aunque en miniatura, ocurrió con las estampillas de las cartas que viajaban por Colombia y el mundo, transportadas como imágenes del pasado a través de automóviles, barcos, trenes y aviones. También encontramos

los símbolos patrios en la publicidad comercial que pasa de mano en mano por medio de periódicos, etiquetas, portavasos y souvenirs, testimonio de los bienes asociados con el proceso de industrialización y modernización de la economía colombiana.

Historia patria y pedagogía

En la Universidad queremos construir una concepción crítica y plural de la historia, que permita interpretar diferentes procesos sociales en el tiempo, trascender las fronteras político-administrativas del Estado y visibilizar sujetos históricos antes olvidados. En Colombia, como en otras partes del mundo, la creación de los estudios universitarios en historia se produjo en oposición a la forma excluyente, fragmentaria y frívola como la historia patria había representado nuestro pasado, pues hasta la década de 1960 nos enseñaron la historia como un recuento de personajes, hechos y fechas memorables en la formación del Estado nación. La educación escolar y los libros de texto jugaron un papel fundamental en la difusión de esta concepción estrecha y oficial del conocimiento sobre el pasado. Todavía hoy muchas personas asocian la historia con caballos, heroínas, fechas y batallas. En las aulas la materia de historia llegó a ser identificada con la memorización compulsiva y el autoritarismo escolar, aunque por fortuna en los libros de texto –a través de dibujos como el de un niño que se burla mientras es insultado y amenazado con la férula por el profesor

de historia– también quedaron registradas la resistencia y la burla velada de la niñez frente a estas prácticas.

Imágenes en movimiento

A finales del siglo XX la historia patria escapó de los libros de texto y las aulas para llegar al gran público a través de la televisión. El consumo de masas y el avance de las tecnologías de la información han permitido que la historia abra las puertas de los hogares colombianos por medio de las imágenes en movimiento. Algunos programas como “Derecho a la Independencia” revelan una aproximación convencional a los hechos y los personajes memorables. Otros como “Crónicas de una generación trágica” muestran una visión crítica y matizada que reconoce la acción de la multitud en la historia. Los dramatizados televisivos han articulado en el lenguaje audiovisual diversos legados simbólicos y materiales (escritura, arquitectura, pintura y objetos de uso cotidiano) que cobran fuerza por la caracterización y los diálogos de los personajes. Estas producciones han recreado vestidos, peinados, muebles y escenarios que nos permiten tener un acceso fugaz y sensible al pasado.

Historieta patria, disidencia y bit

En el siglo XX la difusión de la información a través de los medios de masas logró generalizar y actualizar los símbolos del pasado. Pero la

innovación técnica y expresiva no significó necesariamente un cambio en la forma de comprender la historia. Los álbumes de caramelos, objetos infantiles por excelencia, han sido exitosos al popularizar la pintura alegórica a la Independencia y ponerla, literalmente, al alcance de la mano. Géneros como el comic o la historieta han sido empleados en diversos países (Estados Unidos, Colombia, Perú, Chile y México) para que el público joven pueda aproximarse a la historia. Pero al representar personajes históricos como superhéroes o heroínas se reafirman algunos clichés ya elaborados para la exaltación patriótica. Desde luego, la continuidad de esta representación del pasado no ha eliminado la posibilidad de emplear los símbolos patrios como una arena de debate político. Fechas

como el 20 julio de 1810 son a la vez momentos para reafirmar la unidad nacional y para la disidencia. En el siglo XXI, en formato digital y a través de Internet, se ha abierto una reflexión gráfica sobre los personajes de la Independencia, para recordar lo no recordado y cuestionar las formas del recuerdo. Quizá la conmemoración de los doscientos años de 1810 sea, además del cliché, una oportunidad para repensar nuestra historia.

Óscar Calvo Isaza es profesor del Departamento de Historia de la Universidad de Antioquia. Escribió este artículo especialmente para la *Agenda Cultural*.